

EL POETA EN EL CAMPO

Sale al campo el poeta; absorto admira,
 rendido luego adora,
 y siente oculta lira
 dentro del corazón vibrar sonora.

Y al mirarle venir, todas las flores,
 las que de los rubies orientales,
 con sus vivos colores,
 hacen palidecer los resplandores;
 las que eclipsan las colas
 de los pavos reales;
 las pobres florecillas
 que ostentan pequeñísimas corolas
 azules ó amarillas,
 irguiendo el tallo ufanas,
 ó doblgando el vástago flexible
 con blanda languidez interesante,
 se dicen en su idioma incomprensible:
 —«Mirad, mirad, hermanas;
 ya pasa nuestro amante.»

Y en las selvas umbrías,
 llenas de luz y nieblas y armonías,
 los árboles añosos, esos viejos
 que en los frescos asilos
 viven, del bosque lóbrego, tranquilos,
 los arces y los tejos,
 los robles y los tilos,
 los sauces, que en los lípidos espejos
 se miran, de las aguas cristalinas,
 las robustas encinas,
 los olmos, que desnudos
 alzan lleno de musgo su ramaje,
 le hacen grandes saludos,
 bajando humildemente
 su cabeza y sus barbas de follaje;
 y al contemplar en su sagrada frente
 la luz que brilla inquieta,
 se dicen en voz baja: «Es el poeta,»



LAS DOS ISLAS

I

¿Veis aquellas dos islas? Media un mundo
 entre sus dos Océanos distantes,
 y dominan el piélago profundo
 como enormes cabezas de gigantes.
 Grabó Dios en su cumbre
 su destino tremendo: centellea
 la fatídica lumbré
 del rayo aterrador sobre su frente;
 volcanes rugen en su seno hirviente,
 y sollozando el mar sus pies blanquea.
 Esas dos islas, donde rugen fieros
 los vientos desatados,
 son cual buques guerreros
 por un áncora eterna encadenados.
 ¿No sabéis para qué, la mano augusta
 que fijó sus linderos,
 de majestad adusta
 y de pavor ciñó su frente fiera?
 Para que Bonaparte allí naciera;
 para que allí Napoleón muriese.
 ¡Ésta es su cuna! ¡Su sepulcro es ese!
 Rueden los tiempos en veloz carrera,
 esos nombres jamás serán borrados,
 que nazca un siglo ó que caduco muera.
 A esas islas irán, sugestionados
 por su sombra sublime
 los pueblos venideros. El ardiente
 rayo que surca su ceñuda frente,

la tempestad que en sus escollos gime,
 acaso no más son magia ilusoria,
 el misterioso resplandor que imprime
 en ellas su memoria.

Dios, lejos de nosotros, combatidos
 por la borrasca de su varia suerte,
 le dió en esos peñascos escondidos
 cuna y sepulcro, nacimiento y muerte,
 para que destructor sacudimiento,
 al mundo, estremecido y tembloroso,
 no revelase su primer momento;
 y en su lecho de guerra
 el vencido coloso
 durmiese al fin sin trastornar la tierra.

II

¡Cuán soñadora alzabase su frente
 de su vida en la plácida alborada!
 ¡Cuán pensativa, ay Dios, y cuán doliente
 al fin de la jornada!
 Es que pudo lograr sus locos sueños,
 y vió el trono y la gloria tan pequeños,
 que desdeñó su triunfo ambicionado;
 es que vió cual se trueca en sombra, en nada,
 el mejor porvenir, cuando ha pasado!
 Niño, en vagas visiones
 le revelaba ya la fantasía
 su corona imperial de un solo día,
 y sobre sus pendones
 remontarse las águilas veía;
 y ya escuchaba el himno de victoria
 que en todos los idiomas de la tierra
 su pueblo universal, ebrio de guerra,
 cantaba así, para ensalzar su gloria.

III

ACLAMACIÓN

—«¡Gloria á Napoleón! Dios en su frente
 la diadema triunfal ha consagrado,
 y desde el Neva reina omnipotente
 hasta el Nilo sagrado!
 Ante él humillan pálido el semblante

los reyes que en su trono vacilante
 visten manto de púrpura y armiño,
 y en Roma sólo ve lugar bastante
 para el trono de un niño.
 Las alas desplegadas
 tienen siempre sus águilas osadas
 para llevar adonde mande y quiera
 su rayo destructor. Al par que impera
 en el Diván, el Cónclave domina;
 y á su triunfal bandera
 bañada siempre en sangre purpurina,
 para mayor decoro,
 unió en sangrientas lides la fortuna
 de Iván, el zar glorioso, la cruz de oro,
 y la opaca y vencida medialuna
 que arrancó en las Pirámides al moro.
 »El godo, que al combate audaz se lanza,
 el mameluco, intrépido jinete,
 el polaco, que muestra
 en el agudo hierro de su lanza
 una llama siniestra,
 instrumento y juguete
 son de sus temerarias ambiciones.
 Y encadenadas por su firme diestra
 á compás cien naciones,
 que á su capricho como ley se inclinan,
 formadas en su ejército caminan.
 Su diestra generosa cuando acierta
 á cautivar la presa, galardona
 á los soldados fieles á sus leyes
 dándoles por merced una corona.
 Al umbral de su puerta
 hacen guardia los príncipes y reyes,
 para que, tras la lucha y sus horrores,
 pueda en seguro asilo
 dormir sobre sus lauros tan tranquilo
 como sobre la red los pescadores.
 Y su trono marcial tanto levanta,
 que allá, sobre las nubes elevado,
 ruge la tempestad bajo su planta.
 Para que su cerviz alcance y hiera
 el rayo, desde el cielo fulminado,
 torciendo su carrera,
 ha de volver á la celeste esfera.»

IV

¡Y allá el rayo subió! ¡Y á su estallido
el enorme gigante cayó herido!
Vengáronse los reyes del tirano;
en él pusieron sin piedad la mano;
un peñón, por las olas combatido,
cárcel fué para el héroe de la guerra,
y le dió en él la recelosa tierra
por custodio y guardián el Oceano.

¡Oh, cómo despreció su vida loca
cuando en aquella solitaria roca,
viendo con tristes y envidiosos ojos
al sol hundirse entre celajes rojos,
por la desierta playa se perdía
dando rienda á su errante fantasía,
hasta que, interrumpiendo sus antojos,
un inglés á su encierro lo volvía!
¡Cómo escuchaba, trémulo, aterrado,
la eterna maldición, llena de horrores,
de los que más le habían aclamado!
¡Cuán bien correspondían sus clamores
á los que oía con fatal despecho
dentro sonar de su angustiado pecho
gritos de su conciencia vengadores!

V

IMPRECACIÓN

—«¡Vergüenza! ¡Oprobio! ¡Maldición! ¡Venganza!
Para hundir al coloso,
forme santa alianza
la tierra con el cielo poderoso!
¡Ya cayó con estrépito horroroso!
¡Caiga sobre su nombre malhadado,
sobre su corazón endurecido,
el llanto que por él se ha derramado,
la sangre que ha vertido!
Del Sena, del Danubio, de la orilla
glacial del Volga, de los viejos muros
del Kremlim, que entre llamas arde y brilla,
de la Alhambra, del árabe llorada,

de los fosos oscuros
de Vincennes, de Jafa la apestada,
de los sangrientos campos de pelea,
de los gloriosos campos de victoria,
salga una maldición, y que ella sea
el eco horrible de su infame gloria!
»Mire todas sus víctimas delante
en inmensa legión, que amenazante,
para que más sucumba,
le revele á su espíritu anhelante
los horrendos secretos de la tumba;
y mostrando á sus ojos aterrados,
sucios de sangre, pólvora y gangrena,
sus miembros mutilados,
hágale un Josafat de Santa Elena.
Viva para morir todos los días,
renovando la muerte sus enojos;
en sus horas sombrías
sienta llenos de lágrimas los ojos;
y el duro carcelero,
ignorando su gloria y su fortuna,
encadène severo
con hierro cruel su diestra, acostumbrada
á doblegar sin compasión alguna
la cerviz de los reyes consagrada.
»Creyó que su destino,
en grandezas fecundo,
eclipsaría la triunfal memoria
del pueblo rey del mundo.
¡Oh vanidad quimérica! Dios vino;
sopló, y al punto se eclipsó su gloria;
y al rival arrogante
de Roma, cuya fama eterna dura,
tan sólo le dejó lugar bastante
para su pobre y triste sepultura.
La guarda el mar; la envolverá el olvido.
En San-Denis, para él, todo cubierto
de mármoles y de oro, dejó abierto
su sepulcro imperial: Dios no ha querido
que al volver nuevamente
las sombras de los reyes veneradas
á orar sobre sus tumbas con fe ardiente,
vieran bajo las bóvedas sagradas
yacer tranquilo el déspota insolente.»

VI

¡Cuán amarga, del cáliz que se agota,
 es la postrera gota!
 ¡Cuán triste el despertar de un dulce sueño!
 Jóvenes, la esperanza nos convida
 á un porvenir risueño,
 y luego se acongoja estremecida
 el alma, si la vida
 de la otra parte ve del horizonte.
 Tal, si encumbrado monte
 miráis desde su planta,
 la cima, que á los cielos se levanta
 y en las nubes se pierde,
 contempláis admirados, y la selva,
 de sus hombros de rocas manto verde,
 y el lóbrego turbante
 que tejió el temporal para que envuelva
 la cerviz del gigante.
 Subís, trepáis con locas alegrías;
 pensáis tocar el cielo,
 y al llegar á las cúspides tremendas,
 encontráis, nada más, nieblas sombrías
 que á vuestro incierto pie borran las sendas.
 Abrense alrededor simas horrendas;
 cubre el bosque las ásperas pendientes;
 saltan las aguas rebotando hirvientes;
 los relámpagos vuelan brilladores,
 y á la vez tempestades y torrentes
 mezclan allí rugidos y fulgores.

VII

¡Esa es la imagen de la vida humana!
 De la existencia en la feliz mañana,
 prisma deslumbrador, cuyo reflejo
 con fantástica luz nos desvanece;
 después, fatal espejo
 donde sangre la púrpura parece.
 La voluntad de Dios, siempre cumplida,
 ese doble horizonte dió á la vida
 de aquel hombre fatal, héroe y tirano.
 Su historia necesita dos historias;

joven, fantaseaba sus victorias,
 y meditaba su desastre, anciano.

A veces, en la orilla
 de Santa Elena ó Córcega, el marino
 ve entre las sombras de la noche densa
 meteoro fugaz que incierto brilla
 muriendo repentino;
 y al prodigioso Capitán ver piensa,
 que, los brazos cruzados,
 y los áridos ojos inclinados
 hacia el mar, que á sus pies la ira contiene
 y los furiosos ímpetus abate,
 sobre la tempestad á reinar viene
 como reinó glorioso en el combate.

VIII

Si le robó un imperio la fortuna,
 para guardar mejor su triste fama,
 le dió dos patrias: una
 de Anibal en el mar guarda su cuna;
 otra, en el mar de Gama,
 su sepultura encierra.
 Jamás su nombre sonará en la tierra,
 sin despertar hermanos
 dos ecos en sus límites lejanos.
 Cuando salta la bomba
 del mortero, que lúgubre rimbomba,
 traza su órbita rápida en el cielo,
 y cual buitre voraz que abate el vuelo
 para agarrar la presa apetecida
 y agitando las alas da en el suelo,
 el globo obscuro, que la muerte encierra,
 arrasándolo todo, cae en tierra.
 Largo rato después de la caída,
 envuelve blanca nube enrojecida
 la boca del mortero aún humeante,
 y allá, en sitio distante,
 marca también el humo enrojecido
 el infausto lugar, donde cayendo
 con pavoroso estruendo,
 el proyectil mortífero se ha hundido.

LA CULEBRA DESTROZADA

Mi espíritu perturba la pesadilla odiosa,
 las noches paso en vela
 desde que en el sepulcro cerró Zoraida hermosa
 sus ojos de gacela.

Tenía quince abriles, mirar dulce y sereno,
 y un amor sin falsía;
 si cruzaba los brazos sobre el desnudo seno,
 un ángel parecía.

Vagando por la playa, do el mar sus bríos pierde
 y su furor refrena,
 vi ayer una serpiente negra, amarilla y verde,
 moviéndose en la arena.

Hacha crüel la había partido y destrozado,
 y la ola bulliciosa
 teñíase, lamiendo su cuerpo ensangrentado,
 de púrpura y de rosa.

Y sus anillos rotos buscábanse en el suelo,
 convulsos, palpitantes,
 con la encendida fiebre y el insensato anhelo
 de dos labios amantes.

Tenia yo en aquella lucha desesperada
 el pensamiento fijo;
 y abriendo ojos de fuego la sierpe destrozada,
 —«¡Oh, poeta!»— me dijo.

«En ti piensa tan sólo: mayor pena te acosa,
 mayor mal te desvela,
 desde que en el sepulcro cerró Zoraida hermosa
 sus ojos de gacela.

»Hachazo tué aquel golpe, que destrozó tu vida.
 Todos tus pensamientos
 en torno de esa imagen, al par bella y querida,
 se agitan turbulentos.

»Tu numen, que amoroso, cual golondrina errante
 rozaba la pradera,
 y se cernía luego, cual águila triunfante,
 en la celeste esfera,

»Hoy, como yo, retuerce los que el destino trunca
 fragmentos separados,
 y aunque se afane loco, ya unir no podrá nunca
 los miembros mutilados.»

EL VIAJE

I

Ya sacude el trotón su arnés sonoro
 y saltan del herido pavimento
 á las inquietas ruedas chispas de oro.
 ¡Adiós! Debo partir; llegó el momento.
 Del flaco pensamiento
 desecha ese temor, que en él se clava...
 Pero el coche veloz, sordo á tu queja,
 parte, y me arrastra, ¡ay Dios!, y á ti te deja...
 ¡Cuán loco estoy! ¡Creí que te olvidaba!

Sigue, sigue el estruendo que se aleja;
 no apartes el oído
 hasta que sordo al fin se haya extinguido.
 ¡Ya la distancia nos separa! Aqueste
 es el instante de mayores luchas;
 ya no veo flotar tu blanca veste,
 y el carro volador tú ya no escuchas.

Acabó todo: en la extensión lejana
 ni ligero rumor ni sombra vana.
 Lóbrega noche, pavorosa, fría,
 la ausencia extiende sobre el alma mía;
 en ella á cada paso más me abismo,
 y en este nuevo infierno
 de angustioso anhelar, de duelo eterno,
 arrójome yo mismo!

II

¿Qué hacer, qué hacer ahora
de mis ociosos pensamientos vanos?
¿Qué hacer, di, de mi frente abrasadora,
que tan feliz dormía entre tus manos?
¿Qué hacer de cuanto miro y cuanto escucho?
¿Qué hacer de mis congojas y desvelos,
con los que más desesperado lucho
sin tus dulces consuelos?
¿Qué hacer ¡ay! de mis ojos,
á los que fuego tu pupila presta;
y de mi triste voz, llena de enojos,
si á tu voz cariñosa no contesta?
Con incierta mirada indiferente
los árboles contemplo del camino,
que pasan en ligero torbellino;
el verde prado, el soto floreciente;
las sonoras oleadas
de las rubias espigas sazonadas;
la estrella de la tarde; el negro monte
que espeso bosque puebla;
las ciudades, que allá en el horizonte
cubre un dosel de niebla.
Mas ¿qué importan el valle y la colina,
la mies dorada, el matorral umbrio,
ni el astro que amanece ó que declina,
si tú no los contemplas, amor mío?
Esas torres, de bóvedas oscuras,
que el castillo feudal negras levanta,
¿cómo han de consolar mis amarguras,
si no resuena en sus baldosas duras
junto á la mía tu ligera planta?

Y mañana y el otro—¡siempre iguales!—
veré nacer y declinar la aurora
sin ti, sin tus miradas celestiales,
sin tu alegre sonrisa encantadora,
sin oír que te acercas blandamente
cuando extasiado sueño;
sin que la mano, al levantar la frente,
poses sobre mis ojos, dulce dueño!

Y en este afán, con que luchando vivo
y el corazón me parte,
aun he de consolarte
en las cartas que trémulo te escribo:
«Tranquilo estoy, mi bien; no temas nada;»
te digo, mientras finge acalorada
la mente inquieta horrores sin medida,
y cada hora que llega es una espada
sobre mí suspendida!

III

¿Qué haces tú en tanto? Pensativa y muda
junto al hogar, el mapa desplegado,
mi rumbo incierto seguirás sin duda.
«¿Dónde estará?, preguntarás. Amado
en todas partes sea y bienvenido;
y por patrona obtenga
una buena mujer, que, cual yo, tenga
en remoto país un sér querido.
¡Cuán rápido se ausenta! Estoy segura
de que ha pasado la ciudad lejana,
que se levanta al fin de esa llanura,
y el bosque, y el torrente que en él mana,
testigo de una horrible desventura.
Quizás esté cruzando aquel distante
desfiladero, y la fatal pradera
que señala una cruz al caminante
desde el año anterior... ¡El cielo quiera
que esté más adelante!»

Y mi padre, una lágrima enjugando,
contempla con sonrisa cariñosa
al ángel que reposa
con feliz sueño en tu regazo blando.
—«No tardará en volver, te dice luego;
con plácido sosiego
ahora recorre antigua fortaleza
de heroico paladín noble morada,
ó visita su tumba abandonada,
ó en ignorado templo por ti reza.
Porque—tú bien lo sabes—le enamoran
los soberbios castillos señoriales,
y la iglesia de lóbregos portales